

# LA NARRATIVA DE LA CONTRACULTURA: UNA APROXIMACION

Tamara Andrea Peña Porras\*

*La autora propone, a través de una lectura crítica de ¡Que viva la música!, un tipo de lectura caracterizada por cierta actitud juvenil hacia la vida. Denominada como contracultural por sus referentes históricos, tiene como principal característica su marginalidad frente a los estamentos fuertes de la Cultura y una “vocación” suicida en sus contenidos.*

---

\* Comunicadora Social - Periodista, Universidad Central.

**L**a primera vez que leí *¡Que viva la música!*<sup>1</sup> debo confesar no me impactó tanto como apreciaba ocurría en otros lectores, amigos míos. Dos aspectos llamaron mi atención: no veía su supuesta inclinación por la salsa en detrimento del rock, ni tampoco encontraba una voz femenina hablando allí. Respecto a lo primero, en las variadas actividades realizadas el año pasado sobre el autor a raíz de la conmemoración de los 25 años de su desaparición física, algunos de sus amigos cercanos han relatado cómo Richie Ray y los Rolling Stones compartían el mismo espacio en la mano y en los gustos musicales de Andrés Caicedo. Sí, como Flaubert, María del Carmen Huertas era su alter ego, mi suposición se resolvía a mi favor, y según lo advierte el título, *¡Que viva la música!*, significa toda la música y no sólo la salsa. Respecto a lo segundo, interpreté esa voz como un reflejo de la visión masculina sobre la imagen femenina, aunque mi explicación tampoco me convencía, y desde entonces ha cambiado. Como sea, la lectura de la novela quedó allí en el subconsciente, en remojo, alimentada sin querer por otras lecturas y diálogos.

Cuando en 1992 Rafael Chaparro Madiedo obtuvo el Premio Nacional de Novela, las primeras críticas resaltaron el parecido de ambas obras, y la correspondencia musical: *¡Que viva la música!* = salsa, *Opio en las nubes* = rock. Me asomé entonces a la lectura de *Opio en las nubes*, convencida sin embargo de la bigamia en la novela de Caicedo. Pero a medida que avanzaba la lectura, el tema musical, evidente en *Opio* dejó paso a otras no coincidencias, sino acuerdos entre las novelas. Existía una relación más allá de la musical, había una actitud similar en los personajes de ambas novelas: un ambiente. Volví a *¡Que viva la música!* con la certeza de encontrar un mensaje escrito para un lector que iba a compartirlo solo veinte años después de su publicación.

Mi primera observación se detuvo en la voz narrativa: ¿quién hablaba allí? Aparte de la obvia respuesta: María del Carmen Huertas, La Mona, y de las poco convincentes de ser una voz femenina o una voz masculina, encontré una voz de grupo, tal vez no de una generación, pero sí de un conjunto de personas, con una actitud frente a la vida, cuyo tiempo vital es la noche, su espacio se encuentra en las calles de la ciudad, y su principal manifestación es un rechazo a veces consciente, a veces inconsciente del mundo adulto.

Un grupo formado por pequeños Oskar Matzerath<sup>2</sup> provistos de un tambor de hojalata en forma de sustancias psicoactivas, música, sexo y agresividad, quienes redoblan sus emociones ante la mirada inquisidora de lo establecido y se niegan a crecer, a aceptar la normalidad, a entregar la libertad a cambio de la seguridad.

Son niños recargados con experiencias de adulto, niños envejecidos, no mayores de 21 años, a quienes nadie quiere, citados por adelantado con la muerte; la Mona así lo afirma en el “manifiesto” de las páginas finales de la novela. Pero he dicho muchas cosas que merecen mayor ampliación.

## **La edad de la contracultura**

La contracultura y la juventud son casi inseparables. Sin embargo se hace necesario aclarar lo entendido por juventud o por adolescencia<sup>3</sup>: según la UNESCO, desde la psicología y la pedagogía, la adolescencia inicia a los 15 y finaliza a los 25 años. Pero culturalmente, hoy, lo juvenil traduce una actitud y una forma de asumir la vida. Para la sociedad, según Agnes Heller, el joven se convierte en equivalente de pre-funcional; pero para el “joven”, aún dentro del campo laboral, la función productiva ya no basta para *performar* (preformar) estilos de vida, porque dentro o fuera de ella se continúa la visión de mundo juvenil. Hasta aquí, no se debe considerar a todos los adolescentes como contraculturales. Theodore Roszak en *El nacimiento de una contracultura*<sup>4</sup> distingue a aquellos “entregados” a las pautas dictadas por la tecnocracia, y a aquellos que, consciente o inconscientemente, se le oponen. Los últimos, los que se oponen, dígame a la tecnocracia, a la hegemonía, a la Cultura, a la ideología imperante, son ellos a quienes se refiere este texto.

La posición juvenil contracultural, de la que son testimonio *¡Que viva la música!* tanto como *Opio en las nubes*, incluye una identidad, una ética, una estética y una praxis frente a la vida. En general, el adolescente flota en un mar de incertidumbre donde puede sentirse pez, náufrago y/o anfibio; esa cualidad de cambio y adaptación lo inviste de una gran capacidad de compromiso y adhesión tanto a planes de autoformación y progreso, si se le concede confianza, responsabilidad y poder de decisión; como a corrientes

pasajeras sometidas a reglas dictadas desde la economía, la política, o la sociedad que los consideran como “débiles mentales” o simples sectores de consumo. Frente a esta última opción el joven, en general, puede entrar en el juego o chocar con las imposiciones externas o intuitivamente deconstruir su identidad aceptando y/o rechazando formas hegemónicas: al igual que son satelitales de la Cultura, también poseen propios y distintos centros de gravitación. La dinámica de doble tensión (hacia afuera y hacia el interior) construye un mundo propio y al margen.

## Algunas características

Recordemos los primeros cuatro párrafos del libro según la edición de 1977. Puedo resaltar algunos tópicos constantes durante todo el libro y ya presentes en esa primera página: la muerte, la oposición sombraridad, la noche, el nomadismo, el cine, la música, la educación, los padres, el marxismo, la memoria. Sin embargo no la enumeración sino la relación y la interpretación de ellos me permite percibir una variación en los códigos sociales. Me llama la atención en especial la expresión “Nadie sabe lo que son los huecos de la cultura”. Y nos enteramos en el siguiente párrafo que La Mona era una niña bien, que leía; estudió en uno de los colegios más prestigiosos de Cali, el Liceo Belalcázar, incluso obtuvo el segundo lugar para entrar en la Universidad del Valle y su familia, socialmente, se encuentra ubicada dentro de la burguesía adinerada. En otras palabras, La Mona no hacía parte de estratos con difícil acceso a la educación, primer bastión cultural encargado de reproducir los principios y valores de la hegemonía social; ella tenía cómo saber y conocer qué es la Cultura, con Ce mayúscula.

Sin embargo los huecos de la cultura a los que ella se refiere, son aquellos concernientes a la música, el cine, y más adelante será el conocimiento de la calle, el ritmo de la noche, la diversidad de alucinógenos, el baile. En fin. El mundo cultural de María del Carmen no se remite al concepto tradicional de Cultura, asociado a la historia oficial, a la convivencia ciudadana, a formas ideológicas fijas e invariables; su mundo traspasa y violenta esa barrera. Entre otras razones porque ese mundo se encuentra en crisis; sus instituciones no corresponden a la realidad, no existe ni fe religiosa ni creencia política

capaz de aglomerar las expectativas de estos pequeños Oskar Matzerath, para quienes no existen oportunidades de desarrollar su proyecto personal de vida. Por eso, tal vez, se rehusan a crecer y prefieren construir un mundo propio.

Ajeno al cambio, ese mundo adulto, falsamente convencido de su unidad, ignora y excluye la diferencia tipificándola bajo el mote de anormal, a la par con los locos y los vagabundos. Ellos y los valores emergentes se hallan al margen de la sociedad, y se oponen, extreman o simplemente ignoran los tradicionales. En un principio la marginalidad nace de esa expulsión de la normalidad, más adelante permanece como opción de identidad y autolegitimación, entonces ponen límites a su mundo, por ejemplo, a través de la creación de códigos lingüísticos sólo comprensibles en el grupo: “Pero si alguien todo roció me decía ‘ankiewicz’ yo respondía ‘Che che ché colé, quien lo tumbé’. Era difícil entenderse conmigo, no lo niego”<sup>5</sup>. O asumen una actitud proteica, abierta a la diversidad, por eso, con facilidad se les puede tildar de indecisos e inseguros.

En una sociedad como la nuestra, conservadora, pacata, ajena al cambio, la contradicción es irracional y por eso se le censura. En cambio, en la marginalidad, ser o no ser ya no es problema, porque se puede ser lo uno o lo otro al mismo tiempo. Por eso no tomo el cambio de María del Carmen del rock a la salsa como una elección de a) o b), sino como parte del flujo y reflujo propio de su identidad marginal.

De esta surge la relación con el espacio y con el tiempo. Habitan los lugares de tránsito, las calles, se toman las horas dedicadas al descanso “después de un productivo día”, para desarrollar su actividad. Cuando la ciudad, principal polo de progreso de la modernidad, descansa, abren los ojos a la noche los seres y comportamientos propios de ella. Analicemos esto, la calle como figura de la inestabilidad, el lugar de paso; la noche, permisiva a la ambigüedad y en oposición a la claridad de las sentencias diurnas; la fiesta, el carnaval -recordemos a Bajtin- escenario donde se subvierten las identidades: lo prohibido, en el orden establecido, tiene licencia para salir del cauce de las normas, donde el bufón es rey y el rey bufón: “A cambio pienso en ese territorio de nadie que es el pedacito de noche atrapado por la rumba”<sup>6</sup>. En otras palabras se trata de la apropiación de los no lugares de la

civilización. El mundo y el espacio se fragmentan para dar paso a un mapa de redes tejidas por sensibilidades y tránsitos.

La principal motivación para esto es la de apropiarse del no lugar del lugar. El lugar como terminado y determinado. El no lugar como albergue de las oposiciones tanto como de las diferencias, el enfrentamiento pero también el desarrollo independiente de sus propios lineamientos. Este no lugar puede identificarse como lo público, donde se construyen símbolos y se actúa individual y grupalmente. Allí hay una exigencia de ser reconocido como un otro. Lo público no pertenece a nadie y todos son dueños de él, siempre está, y nunca es el mismo. “Prexiste a la dinámica juvenil pero también y fundamentalmente es su resultado”<sup>7</sup>. La interacción con diversos mundos, actores sociales y el fluir entre ellos “instauran una propia versión de la vida cotidiana”<sup>8</sup>.

También, en el margen, se encuentran relegados otros elementos incompatibles con la normalidad, con la Cultura, con el imaginario institucional. Estos elementos son la locura, la violencia, las malas palabras, las SPA<sup>9</sup>, etc. Se establece, entonces, más que una solidaridad entre elementos relegados, una simpatía, una afinidad donde mutuamente se reconocen y asumen. Así la identidad se da respecto al mundo adulto, como oposición, y respecto a los demás elementos marginados, como apropiación. Elementos todos que forman parte del temario de la literatura contracultural.

## Hijos de la época

La distribución permanente de información no procesada pone en contacto al joven con textos nuevos y contradictorios, que en su rapidez de emergencia no les permite ni profundizarla, ni mucho menos elaborarla; información que va directo al inconsciente y reposa en él en forma de estímulos. No es raro, por tanto, apreciar el mundo juvenil como un mundo eminentemente sensorial: los sentidos en su máxima potencia.

Debido a ello, y a la rápida saturación de experiencias nuevas, su interacción con las cosas y las personas se desarrolla en términos de brevedad, de fugacidad: lo importante es el hoy y el ahora, vivir el instante, disfrutar del momento porque, tal vez, el mañana no exista y

en el mejor de los casos, no les satisfecerá sus necesidades como seres humanos. Frutos de un mundo en permanente colapso (durante los 60, la amenaza nuclear; hoy, la belicosidad eruptiva e inseguridad general), los jóvenes sólo son dueños de su presente. Dos sentimientos forman, inconscientemente, su visión de mundo: la transitoriedad y la soledad. Pero ninguna resulta motivo para desdichas; por el contrario, ambas constituyen parte del lenguaje común de su cotidianidad. Por ello, no buscan en su igual ni permanencia, ni compañía, porque ello implicaría, además, comportarse como adultos.

## Niños envejecidos

La figura de Oskar Matzerath, el pequeño protagonista de *El tambor de Hojalata*, libro de Günter Grass llevado al cine por Wolker Schölonndorf, mencionado anteriormente, nos da la pauta para lo que es una de las premisas de los contraculturales: su negación a crecer. Por supuesto, a diferencia de Oskar, el crecimiento natural es inevitable, no así la imagen que reflejan al mundo, ni, más importante aún, su forma de percibirlo.

Recordemos un poco la historia de *El tambor de hojalata*: Oskar ha roto el vidrio de un valioso reloj, su padre quiere castigarlo, pero la madre se interpone, “él es un niño, no sabe lo que hace”. El pequeño escucha estas palabras y entonces de frente a una escalera decide no crecer más: un mareo lo envuelve y rueda escalones abajo. Su calidad de niño lo protege y le “permite” cometer faltas. Sin embargo este no será el único hecho que lo mantenga firme en su decisión, también está el desmoronamiento de su sociedad, la doble moral de los adultos (la madre traiciona al padre) y la guerra. Pero aunque su cuerpo no crezca, Oskar año con año ya no es el mismo: conoce el sexo, el amor, y explota su dimensión volitiva, en contra de la autoridad paterna. Durante la Primera Guerra abandona el hogar paterno, y se une a un circo. Incluso, como se ve, la vinculación “laboral” de Oskar, que lo podría aproximar al mundo adulto, está precedida por la imagen del carnaval, el lugar donde se transgreden las normas y se relativizan los roles. Sin embargo un hecho le hará decidir volver a crecer: la muerte, primero de su novia y luego de su padre. Durante la guerra, y ya con 22 años de vida, tener la apariencia de niño lo salva de ser asesinado; ser niño lo absuelve de

sospechas; ser niño le da licencia para llegar donde un adulto no puede; pero ser niño le impide salvar la vida de los seres que ama, por eso, frente a la tumba de su padre decide crecer de nuevo: el mareo de 17 años antes lo envuelve de nuevo, cae en la fosa, sobre el féretro de su padre y empieza a crecer, entra a la vida adulta, donde la responsabilidad por su tiempo, por su espacio, por sus decisiones, es la principal característica.

De igual forma los contraculturales se niegan a crecer porque ese aire juvenil que los envuelve los exonera de la responsabilidad de la vida adulta, pero también los salva de castigos, les da libertad de movimiento y de expresión, les permite jugar con su identidad, poder ser uno y otro al mismo tiempo, les permite la diversión del carnaval.

## Ni sin, ni con

Sin embargo la autoridad existe, siempre vigilante pero también como la norma que se contradice. Por eso, ante ella se establece una relación edípica, de amor-odio, en que el enfrentamiento establece la única relación posible entre los dos. Y definitivamente la muerte del padre no resuelve el conflicto sino lo ahonda más. Si, quizás, desapareciera el contestatario, la autoridad se impone; pero, si por el contrario, es el padre quien muere, con seguridad el espíritu contracultural se eclipsa bien para adoptar la figura del padre fallecido o para morir en su propia dinámica que ya no encuentra a quien oponerse. Recordemos que el origen de toda subcultura o contracultura está en la misma cultura.

En nuestro medio, no la mayoría de edad sino la adopción de prácticas sociales otorga la ciudadanía. El seguimiento de pautas y comportamientos sociales (práctica religiosa oficial -católica, en nuestro país-, sedentarismo, adscripción a un núcleo familiar estable, práctica laboral legal, equilibrio físico y mental, proyectos de vida, etc.) adjudica el título de “adulto”. Si estas “normas” no son seguidas por un individuo se le puede tildar con facilidad de anormal, lo que unido a estereotipos relacionados con lo juvenil (desde la forma de vestir hasta actitudes vitalistas e informales), nos da una imagen muy aproximada de la contracultura. Ahora bien, las prácticas sociales referidas, de hecho, se hallan dentro de

la contracultura, pero alteradas, modificadas, contravertidas, cuestionadas.

Existe, si así se le puede llamar, un espíritu místico en la contracultura. Dios existe pero en diversas presentaciones, eso sí, distintas a la oficial. Puede ser desde un dios personal hasta el mentor de una religión oriental o una nueva fe. Su forma de asumirlo, por tanto, también irá en abierta contravía con la doctrina católica a la cual replicará sus carencias o sus errores, con proposiciones directas de enfrentamiento o, tan sólo, en una práctica explícita ajena a cualquier censura social.

La imagen de los niños envejecidos, difícil de olvidar, el rechazo al mundo adulto como síntoma del conformismo aceptado enfrentado a la consigna de vivir tanto o más de lo posible en un ciclo vital sin interrupciones, hace que me pregunte si el constante bombardeo por parte de los medios de comunicación, ahora más que antes, de la exaltación del cuerpo joven y bello, de la juventud alegre, descomplicada e irresponsable, no tendrá también parte en la adopción del lema de las tres jotas del rock de los sesenta Jim, Jimmy y Janis (Morrison, Hendrix y Joplin): vive rápido y muere joven. La vida rápida y la muerte una cita fijada por cada uno, no por el destino, ante la cual se responde a veces con indiferencia: “Suicídase, pero no salpiques”; otras, se asume como el hecho heroico y digno de imitar, resumen su percepción de la vida y de la muerte.

Todos estos “valores” confluyen en una única misión para este grupo marginado, contracultural: convertirse en el cáncer de la sociedad, destruir incluso “los cimientos que recién excavan los que hablan de construir una sociedad nueva sobre las ruinas que nosotros dejemos”<sup>10</sup>.

Al final de estas breves reflexiones permanece en mí la sensación de haber estado hablando de energía atómica y no de una novela, y no de una fracción representativa de la juventud desde los años 60. Con frecuencia me acuerdo de aquella manida frase de considerar a la juventud como el futuro de una nación y cada uno de sus términos se me presenta conflictivo: juventud, futuro, nación; pareciera como si ellos fueran a explotar por separado en una emisión de energía incontrolable. No sé si decir que por fortuna o por desgracia sólo un segmento de la población adolescente se encuentra en esa posición suicida de resistencia.

---

## Citas

- <sup>1</sup> Andrés Caicedo, *¡Que viva la música!*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1997.
- <sup>2</sup> Personaje principal de la obra *El tambor de Hojalata*, de Günter Grass.
- <sup>3</sup> Aunque juventud y adolescencia se usan indistintamente, según Elsa Castañeda en *Los adolescentes y la escuela de final de siglo*, el término adolescencia está más relacionado con las muchachas o muchachos que se encuentran vinculados al mundo escolar cursando el bachillerato y no a los que están en la universidad, en el mundo laboral o desempleados (p.76). *Nómadas*, No. 4, marzo 1996.
- <sup>4</sup> Theodore Roszak, *El nacimiento de una contracultura*, Barcelona, Kairós, 1981 (1a. ed. en inglés 1968), p.10.
- <sup>5</sup> Caicedo, *Ob. cit.*, p.109.
- <sup>6</sup> *Ibid.*, p.12.
- <sup>7</sup> Roszak, *Ob. cit.*
- <sup>8</sup> Coljuventud, "El protagonismo juvenil", en: *Nómadas* No. 4, marzo 1996, pp.46-52.
- <sup>9</sup> Sustancias Psico Activas.
- <sup>10</sup> Caicedo, *Ob. cit.*, p.57.



